EL PARKING

Fernando Cárcamo

El parking. Fernando Cárcamo.
Madrid 2009

El parking está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento –No Comercial– Sin Obra Derivada 3.0 España. Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra. No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Más sobre esta licencia:

http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es

En pleno mes de agosto, Julián conducía su flamante coupé blanco por la autopista de circunvalación que le llevaría directo hasta el hipermercado. El reloj digital marcaba las cinco de la tarde y le agradaba sentirse despreocupado y fresco con el asiento levemente reclinado mientras sobrepasaba ligeramente el límite de velocidad, desviando de vez en cuando la vista de la carretera hacia los márgenes cubiertos de maleza seca, donde el asfalto desprendía halos zigzagueantes. Tamborileaba en el volante de cuero y sintonizaba la radio, atento a las noticias deportivas. Justo en el momento de tomar el desvío hacia la periferia, recibió una llamada. Julián bajó el volumen de la emisora y conectó su manos libres. A través de los altavoces de alta fidelidad, se filtró la voz de su secretaria desde la oficina, entrecortada y preocupada por el informe de mañana para la reunión del jueves. Julián dio algunas instrucciones con calma y confianza, algo molesto, y alegó que en ese momento iba a hacer la compra, más tarde llamaría.

No había demasiados coches en el parking del centro comercial sobre aquella hora. Con una maniobra diestra Julián estacionó el coupé y permaneció dentro de él un rato esperando a que la actualidad deportiva estuviera cubierta del todo. Una vez esto ocurrió, abrió la puerta y recibió una oleada de calor seco, activó el mando del cierre automático y buscó en sus bolsillos una moneda para desbloquear el carro de la compra.

Ya en el interior del centro, consultó la lista que había confeccionado apresuradamente antes de salir de la oficina, y fuera al encuentro de los productos en la descomunal superficie, en cuyo interior se percibía una confusa mezcla de olores y se disfrutaba de una baja temperatura gracias al aire acondicionado despedido por gruesos tubos metalizados, que parecían fabricados de papel plata. La megafonía avisaba a sus clientes sobre ofertas,

interrumpiendo un dinámico hilo musical. También podía escucharse, de tanto en cuanto, el llamamiento a algún empleado a la línea de cajas o a alguna sección. A Julián no le agradaba mucho aquella labor de hacer la compra, pues le parecía que la ordenación dispuesta por las brillantes mentes del hipermercado, le obligaba a entretenerse en rodeos innecesarios que terminaban por desnortarle y hacerle perder su cotizado y bien remunerado tiempo. En suma, el carro de la compra estaba algo desnivelado y a veces amenazaba con cruzarse en el trayecto de otros compradores. Tenía que haberse dado cuenta con antelación de esta tara y haberlo cambiado por otro, de cualquier manera, no entraba entre sus planes empujarlo demasiado tiempo. Filtrábase el sol implacable a través de los altos techos de la nave, compitiendo con el destello de unos enormes focos eléctricos. Nada más Julián hizo acopio de todo cuanto necesitaba y había adquirido alguna que otra cosa que no tenía prevista, seducido por su descuento, se dirigió a la línea de cajas. Allí esperó cerca de cinco tediosos minutos a que un matrimonio con dos hijos pequeños trasladara su compra del carro a la banda magnética, en medio de una fenomenal algarabía. Cuando llegó el turno de Julián, este saludó cordialmente a la cajera y se afanó en introducir los alimentos en bolsas de plástico, dejando para el final los congelados que irían a parar a una bolsa especial que había preparado para ellos. Pagó con tarjeta y se preocupó de que le aplicaban los descuentos correspondientes. Revisó pacientemente el ticket en un margen y cuando levantó la vista se encontró con el guardia de seguridad, que por alguna misteriosa razón se había parado a observarle escrupulosamente. Julián se sintió violentado, en cierta forma, pero decidió hacer caso omiso y emprender la marcha hacia la salida.

Se sentía algo cansado tras la dura jornada de trabajo, pero se consolaba con llegar al coche y activar el climatizador, allí podría seguir el hilo de las noticias y,

ya en casa, preparar una cena ligera además de echar una ojeada a su correo electrónico. Pronto darían comienzo sus vacaciones. Tenía un vuelo reservado hacia un destino tropical, allí pensaba pasar algún tiempo tomando el sol y haciendo algo de ejercicio. Sí, algo de descanso le vendría de maravilla después de su merecido ascenso y la ajetreada e insalubre vida en la urbe.

Las puertas automáticas le dejaron paso y empujaría el carro renqueante por la acera del centro, vigilando desde la distancia las filas interminables de automóviles. Notó que ahora había más, y es que conforme la tarde avanzaba el número de compradores parecía ascender. El astro rey seguía azotando, un duro sol del mes de agosto que recalentaba el asfalto y golpeaba la vista sin ninguna piedad.

Cuando distinguió su fila de aparcamiento condujo el carro hacia el pavimento, tropezando con un bordillo. Julián maldijo silenciosamente y corrigió la trayectoria, ahora el carro traqueteaba y hacía ruido sobre aquella irregular y polvorienta superficie. Había poco espacio en aquellas vías, de manera que se hizo a un lado cediendo el paso a los vehículos impacientes en busca de las codiciadas plazas. Finalmente llegó hasta su coche, abandonó el carro y activó el cierre automático. Se secó el sudor que había perlado su frente y volvió a pensar en su viaje a la costa, allí el mar suavizaría las altas temperaturas estivales y el ejercicio tonificaría sus músculos.
Cuando pulsó el botón del mando, las puertas no se abrieron ¿Acaso se habría estropeado el mecanismo? De ser así, aún estaba en garantía. Repitió la maniobra un par de ocasiones hasta que leyó la matrícula del coche. Aquel era el mismo modelo y el mismo color, pero no era su vehículo. Menuda coincidencia. Tendría que haberse dado cuenta antes, al reparar en las llantas, que no eran las de aleación de su orgulloso coupé. Contrariado, levantó la vista sobre los

automóviles del mar de asfalto y cemento, una masa de plástico, metal y cristal candente, encontrando salteadas las cabezas de algunos compradores. Le sobrevino una instantánea de un documental sobre la sabana que había visto aburrido antes de dormirse días atrás, en el que las alimañas alzaban la cabeza por encima del pasto, volviendo a ocultarla rápidamente cuando advertían la presencia de algún predador. Sí señor, acaso por ese motivo nuestros antecesores primates empezaron a caminar erguidos sobre dos patas. Gracias al esfuerzo de sus remotos antepasados ahora Julián tenía las manos libres para empujar aquel defectuoso carro de la compra, buscar las llaves en su bolsillo... Se sintió un poco absurdo en aquella postura acechante rememorando inopinadamente aquel documental. Se aferró al carro y encontró en el horizonte unos enormes paneles con dígitos que organizaban las filas de vehículos. Hizo memoria y recordó haber consultado el número correspondiente a su llegada, de refilón. ¿Cuarenta y siete? ¿Cuarenta y tres? No lo recordaba con firmeza, había permanecido al teléfono con su secretaria y estado pendiente de los deportes, pero entre aquellas dos cifras dudosas no había mucho margen, de modo que lo único que tenía que hacer era rondar por aquellas filas hasta que diera con su coche.

Regresó a la acera que rodeaba el parking, ya que al atravesar las filas de coches estacionados trazando un camino más corto, corría el riesgo de dañar algún retrovisor o alguna puerta de un vehículo con su carro de la compra, además de no encontrar hueco por el que pasar. ¿Quién había pensado en colocar aquellos dichosos bordillos? Porque implicaba una verdadera aventura conducir el carro maltrecho sobre ellos. Las grietas de la carretera también eran molestas, sí, pero aquello era más perdonable. En cambio, los bordillos tenían que haberlos planeado alguien, pagado alguien y haberlos levantado otro alguien con esfuerzo. Un esfuerzo e inversión en balde nada más que para ocasionar

molestias a los compradores, meditaba Julián, algo indignado. A la altura de la fila veintinueve paró y tanteó la bolsa de los congelados, que reposaba sobre las demás bolsas porque así lo había dispuesto, meticulosamente. Aún conservaba el frío, pero si no encontraba el coche pronto terminaría por arruinarse y Julián había pagado un buen precio por aquellos congelados.
Al emprender la marcha y alcanzar la fila cuarenta, se preguntó si había andado tanto en su llegada, porque le parecía que ahora, en comparación, estaba andando más. Pero claro, antes no estaba angustiado buscando su coupé blanco en aquel laberinto de líneas también blancas con sus congelados en fase de deshielo. Cuarenta y tres, perfecto, aquella era una de las filas que creía recordar. De nuevo bajó la acera, ahora con más pericia. Sí, lo estaba haciendo estupendamente, no tardaría en encontrar su coche, cargar el maletero con bolsas de plástico, desprenderse de aquel incómodo carro, recuperar su moneda y regresar a casa para preparar un frugal tentempié y consultar el correo electrónico. Allí estaba, aquel era su coche, el mismo que le había traído hasta el hipermercado y todavía no había terminado de pagar a plazos. Creía distinguirlo por una pequeña fracción que asomaba entre los demás, pero a medida que se fue acercando se fue apercibiendo de que aquel tampoco era su vehículo. No obstante, llegó hasta su altura inútilmente y una vez allí, dio media vuelta porque la fila dejaba de prolongarse. Quizás el coche estuviera aparcado en el lado de enfrente del primer coche blanco que había confundido con el suyo, sí, no debía de haber sido tan confiado y debía haber revisado bien los autos del otro lado, donde seguramente estuviera su deportivo. Deshizo el camino algo menos esperanzado, pues si su coche estuviera allí, por fuerza, tendría que haberlo visto.

El ruido que hacía el carro le martilleaba los oídos y sentía, además de cierta presión en las sienes, un cosquilleo en las manos producido por el constante

ajetreo. No encontró su coche al lado del coche blanco cuya matrícula examinó. *Pobre tipo*, pensó Julián inopinadamente, *no le da para unas buenas llantas*. Bueno, no pasaba nada, visitada la fila cuarenta y tres solo quedaba la cuarenta y siete. De hecho, tenía que haber visitado primero la fila cuarenta y siete en vez de volver precipitadamente sobre sus pasos, ya que esta fila quedaba más próxima.

Una señora con su respectivo carro de la compra se internaba ahora en la fila de coches aparcados y Julián la observó divertido imaginando que también había perdido su automóvil. Sí, seguramente alguien se había entretenido en cambiar los autos o los letreros de lugar mientras los compradores permanecían dentro del centro, de modo que todos los clientes del hipermercado se encontraban ahora mismo dando vueltas confundidos en aquel gigantesco infierno. Cuando llegó a la acera, estrelló el carro contra el bordillo y todas las bolsas se removieron. Sintió que algunos compradores distantes le dirigieron la mirada llamados por el estruendo que había ocasionado y se arrepintió de haber perdido el control en aquel gesto. No, no podía permitirse perder el control en una situación tan trivial. ¿Perder el control? Solo había asaltado el bordillo de forma un poco brusca, no, definitivamente, él estaba bien, solo un poco molesto por no haber previsto aquel sinsentido. Al instante se imaginó que podría mañana narrar la aventura en algún descanso de la oficina, delante de la máquina del café, y recreando esta situación volvió a recuperar el buen humor. Un buen humor que dejó paso a un repentino acceso de conciencia; si relataba esta historia en la oficina podría quedar a los ojos de sus compañeros y subordinados como un auténtico imbécil. Además, la fila cuarenta y siete estaba cerca y los congelados no irían a estropearse por aquel breve instante que había acaecido. No, realmente no había transcurrido tanto tiempo, era su impaciencia

lo que perceptiblemente estaba dilatando aquel desencuentro del todo intrascendente. Necesitaba calmarse un poco y pensar con claridad.

Se desvió hacia la fila cuarenta y siete, previo salto accidentado del resalto mal planificado, y allí descartó del todo mencionar aquel lance en la oficina. Seguro que ahora sus compañeros se encontraban envidiosos por su merecido ascenso, por sus vacaciones. Capaz de llevar su empresa hacia una cotización más elevada pero incapaz de encontrar su auto en un corriente aparcamiento… menuda gracia. No divisaba su coche en aquella fila cuarenta y siete tampoco, pero decidió recorrerla entera para asegurarse. Cuando llegó al final de la fila, sofocado y sin lograr su objetivo, se sintió realmente estúpido. Por encima del techo reluciente de los vehículos volvió su vista hacia la fila cuarenta y tres, igual había pasado algo por alto, pero no, era imposible, su búsqueda había sido meticulosa y concienzuda, a pesar de que hubiera trazado un rodeo innecesario. En frente de un maletero abierto la señora con la que se había cruzado unos minutos antes, introducía sus bolsas en un pequeño y destartalado utilitario. No tardaría en arrancar y dejar a Julián a solas debatiéndose con su peculiar odisea.

¿Podrían haberle robado el coche? Su deportivo era bueno, pero no tanto como para despertar excesiva codicia. Además, aquel hipermercado contaba con vigilancia y al hilo de esto rememoró al impertinente guardia de seguridad velando su salida. Bien mirado, aquellos guardias ganaban un sueldo ridículo, era posible que estuvieran compinchados con los ladrones de coches… de ahí que le escrutara con aquella insistencia, claro, el guardia estaba vigilándole mientras le robaban impunemente. Denunciaría aquello a la dirección del hipermercado, a la policía… pero, un momento… ¿Qué es lo que iba a denunciar? ¿Un delirio producido por un golpe de calor? Desde luego que si su coche había desaparecido lo denunciaría, faltaría más, pero mucho temía que si

su coche se encontraba en esa situación era más bien responsabilidad suya, a causa de no fijarse bien dónde demonios lo había aparcado. Bien, no iba a quedarse parado mientras el sol terminaba de derretir sus congelados, iba a recorrer todas las filas entre la cuarenta y tres y la cuarenta y siete, una a una, haciendo ruido con aquel infernal carro que se escoraba sin remedio y sudando su cara camisa de marca.

Pasó un tiempo hasta que recorrió la zona, y Julián comenzaba a desesperarse viendo como la gente llegaba y se marchaba, mientras él permanecía ilógicamente dando vueltas, atrapado en aquella explanada confusa. Desde los altavoces del parking seguía escuchando el repetitivo y pastoso hilo musical, tal si se tratara de la banda sonora de una comedia delirante y angustiosa. Al llegar a la fila cuarenta y tres, que volvió a recorrer por si acaso no había mirado bien, dejó el carro a un lado y se puso en cuclillas. Necesitaba encontrar un lugar elevado desde el que tener perspectiva, pero aquello era poco más que una planicie sembrada de letreros. Una vez te adentrabas en una fila, perdías de vista las demás. La idea de buscar un lugar elevado le pareció instintiva y próxima a aquel documental sobre la sabana, que ya se volvía estúpidamente recurrente. Buscó el mando de su coche, dudando si lo había extraviado, y comprobó que las manos le temblaban. Entre las filas de coches había algunos maceteros, quizá si se encaramaba a uno de ellos podría ver mejor, aunque éstos no eran demasiado altos que se pudiera decir. Allí, por fin, estaban las llaves de su coche, junto al ticket de la compra, por lo menos no las había perdido también. Aunque de poco le servían ahora, juzgó. Qué extraño resultaba no haber perdido unas llaves tan pequeñas y sí en cambio un vehículo de tamaño considerable. Cuando se encontró encima del macetero, pulsó el botón del cierre automático, al hacerlo, los intermitentes brillarían y quizá de esta manera pudiera descubrir dónde estaba su coche. Claro que su mando a distancia tenía

un alcance limitado y allí había mucha luz compitiendo con la luz de los intermitentes, siempre en el caso de que se encendieran. No era muy buena idea abrir y cerrar su coche sin haberlo encontrado y estar subido a un macetero vestido de traje activando un mando a distancia era el colmo del ridículo.

A ratos todos los vehículos le parecían extraños y a ratos todos familiares. Era imposible orientarse de no ser por los números de los carteles que ahora no le servían de gran ayuda. Todavía encaramado al macetero, revisó mentalmente todos sus pasos hasta llegar allí. Después de comprobar su ticket de la compra y mirar al guardia, no había puesto mucho cuidado en fijarse por dónde había abandonado el hipermercado. En realidad, todo podría resumirse en un encadenamiento de pequeños despistes tontos perfectamente evitables; primero no fijarse en la ubicación de su auto y segundo no poner atención a la hora de salir del comercio. Entonces estuvo pendiente de los descuentos, incómodo por aquella vigilancia y consolándose con sus vacaciones. Claro, ahora encontraba la razón, había abandonado el hipermercado por un lugar desacostumbrado, de ahí que caminara tanto hasta las filas cuarenta y siete y cuarenta y tres, cosa que no recordaba haber hecho en el momento de llegar. Resuelto este enigma, de igual manera, los números eran los que recordaba. ¿Pero por qué le habían venido a la cabeza aquellos números si su coche no se encontraba allí? Cuarenta y siete… Cuarenta y tres… Quizá fuera el ciento cuarenta y siete y el ciento cuarenta y tres. Pero aquello presumía quedar lejos, demasiado lejos de allí. En la otra ala de la superficie, para ser más exactos. Siguiendo la fila de carteles solo alcanzaba a distinguir la fila cincuenta, desde la cuarenta y siete. Y no, de ninguna manera, por allí estaba completamente seguro de no haber aparcado.

Fatigado, Julián descendió del macetero y volvió a coger el carro, rumiando su indescifrable problema algebraico y memorístico mientras se sacudía el polvo de

sus pantalones oscuros. Un cuatro, un siete y un tres. Y quizá un uno, sumaba ahora, porque había encontrado la posibilidad de los cientos. ¿No serían las filas trece, catorce y diecisiete? Aquellas estaban más cerca y en la otra dirección. Sí, todo aquello comenzaba a parecer más razonable, pero… aquellas filas, por ser las primeras, serían colindantes y Julián no recordaba haber estacionado en los lindes del centro, sino en el corazón del parking, en el epicentro de la confusión.

Se había perdido, tenía que reconocerlo y quizá buscar ayuda. Pero aquello resultaba tan embarazoso… quizás podría pedir a algún amable comprador, a alguien como la señora con la que se había cruzado, que le diese vueltas en su coche, de esta forma recorrería las filas más rápido, pero… ¿Qué haría con la compra?, ¿Y qué pensaría el extraño comprador? Resultaría marciano encontrarse con alguien de su talante que ha perdido su coche de aquel modo y lo más seguro es que desconfiaran de él o le tomaran por loco. O por un perfecto imbécil, como sus compañeros y subordinados de la oficina. No, tenía que tratarse de alguien de confianza, alguien que viniera hasta allí con un coche y le ayudara. Pensó en su secretaria, ahora recordaba que había quedado en llamarla. Aquello significaría el máximo de la vergüenza, imaginó, hacerla ir hasta la periferia solo para buscar un coche. Pero tenía que contactar con ella, claro, no por aquel motivo precisamente. Telefonearla y ofrecerla instrucciones sobre el importante informe para la reunión del jueves, pero después del baño solar y de la caminata, después de hacer el payaso encaramado a un macetero, dudaba que pudiera mantener la concentración en ese asunto, que ahora había pasado a un plano más distante. Además, sentía una necesidad imperiosa de sentarse y solo podía hacerlo encima de algún capó, que estaría ardiendo, o encima de algún macetero, que no estaría ardiendo, pero estaría oculto entre los estacionamientos. El carro de la compra contaba con un asiento para niños también, pero mejor no considerarlo. Sentarse, ir al baño, beber agua… de

repente Julián padecía un montón de necesidades juntas e imperiosas que le provocaron un terrible malestar. Además, tenía la impresión de que cada vez estaba elucubrando posibilidades más peregrinas, faltando al sentido común. Y luego estaba el carro, el odioso y pesado carro que entorpecía su marcha y le impedía moverse libremente por el parking. Si no tuviera que empujarlo habría recorrido ya todo el parking con relativa facilidad, descartando cualquier probabilidad. Pero no podía separarse de aquel armatoste que, para colmo, no contenía una triste botella de agua. Se imaginó abriendo el envase de alguno de los alimentos que había comprado, cortando el plástico con ayuda improvisada de las llaves, y sobreviviendo en aquel parking durante semanas, quizá meses. Un náufrago de un centro comercial que precisaba ser rescatado con urgencia. Siempre quedaba la alternativa de volver a internarse en el centro en busca de un banco que le ofreciera asiento y agua que aplacase la sed de su garganta reseca, allí no habría sol, claro, pero eso supondría aplazar la búsqueda, demorar innecesariamente aquella situación que se estaba ya dilatando en exceso. Llamar desde el móvil a un taxi tampoco parecía la mejor solución porque, además de costosa, significaría dar el coche por perdido. Gran parte del problema no se habría solucionado. Nunca imaginó que una simple compra fuera a convertirse en semejante quebradero de cabeza. Era inexplicable, aquello formaba parte de su rutina y nunca antes las cosas se habían torcido de este modo. ¿Estaría Julián perdiendo facultades, volviéndose loco? Palpó la bolsa de los congelados, que ahora estaba inundada de agua. Aquello tenía muy mala pinta. Mal asunto, sí. Julián sintió que los compradores le observaban, que le señalaban y se reían de él, pero lo cierto es que ninguno debió de reparar realmente en su presencia y mucho menos en su extravagante situación. Se encontraban demasiado lejos y demasiado absortos en su devenir. Desperdigados por el aparcamiento, completamente desconectados. A su mente acudió de nuevo la imagen del guardia observándole ¿Y si pedía ayuda a

seguridad? Ellos tendrían cámaras vigilando el parking, supuestamente, quizá le pudieran dejar mirar por ellas para encontrar su coche... Había emprendido un paseo sin rumbo, perdido entre los automóviles, que se multiplicaban. El agua de los congelados goteaba por el carro, calando el resto de la compra, y se asemejaba al rastro del cordón de seda en el laberinto del minotauro. Estaba claro que no iba a beber esa agua, que ya había dejado de ser transparente. El calor descendía según entraba la noche, lo cual ofrecía a Julián un vacío consuelo. ¿Y si esperaba a que los compradores dejaran el parking vacío? Así buscaría su coche con más facilidad, pudiendo atravesar el carro sin obstáculos aparentes. La pregunta era entonces ¿estaba dispuesto a esperar tantas horas? Eso resultaba menos embarazoso que pedir auxilio, pero conllevaría una especie de claudicación. Podría cambiar de ubicación cada cierto tiempo, para no levantar sospechas y revelar que era un perfecto inútil perdido en un parking... se sentía, desde que aquella situación se había descontrolado, como un drogadicto o un delincuente con algo que ocultar o con una coartada que inventar.

De repente, su teléfono móvil empezó a sonar, despertándole de su ensimismamiento. Julián se llevó las manos a los bolsillos, de un susto, apresurado. No daba con el teléfono. Sacó las llaves del coche, monedas que se desparramaron por el suelo y el ticket de la compra, que arrugó y arrojó con furia. Finalmente, encontró el aparato y recibió la llamada de su secretaria. Julián se disculpó por no haber llamado previamente, se recompuso y preguntó por la hora, a fin de ganar tiempo, sobreponerse del sobresalto y ordenar sus ideas. Eran cerca de las nueve de la noche y su secretaria estaba a punto de abandonar la oficina. Julián se incorporó, advirtiendo al punto lo distante que era la vida de su oficina de aquella pesadilla de plazas de aparcamiento. Se había sentado en un macetero a la sombra imperceptible de un árbol seco, oculto entre

las plazas ocupadas por automóviles vacíos, vigilando innecesariamente el carro por un hueco pese a que fuera muy poco probable que alguien se lo fuera a sustraer. Todavía había resquicios de sol, pero ya las luces del centro permanecían encendidas. Se alegró, en cierta forma, de poder hablar con alguien, aunque no trató sobre lo sucedido. Simplemente se limitó a seguir dando instrucciones y a ayudar a programar su agenda. Todo aquello le parecía increíble y disparatado. Cuando colgó, recogió el carro y se dirigió derrotado al centro. Debía tener un aspecto horroroso. Sus zapatos y los bajos de su pantalón se habían llenado de polvo, su camisa de sudor y la bolsa de los congelados estaba completamente echada a perder.

Ya en el interior, esperó sentado en un banco a que pasara el tiempo, descansando y recuperándose del calor, tratando de ordenar su mente, y, cuando se aproximaba la hora del cierre del comercio, resolvió pedir ayuda a un guardia de seguridad, que, afortunadamente, no era el mismo que le había intimidado horas antes. Aquello simbolizaba pasar de ser un exitoso ejecutivo a un tonto que se había perdido en un parking, pero algo tenía que hacer. El guardia le dirigió la mirada, algo extrañado, y le preguntó por la matrícula de su coche. Cuando tuvo la información anotada en una libreta, el guardia desapareció y al rato volvió donde se encontraba Julián, hablando por su walkie. – Su coche se encuentra estacionado en la fila ciento veinticinco, caballero, ¿alguna cosa más? ¿desea que le acompañe? – Julián respondió, abatido; – No, gracias, iré solo. Gracias.

Pensó acto seguido que había agradecido aquella información repetidas veces, ayudando a acrecentar su espantoso ridículo. Que el guardia se hubiera ofrecido a acompañarle como si fuera un niño pequeño tampoco le hizo sentir mucho mejor. Pero poco importaba ya, al cabo todo se había resuelto de la manera más

sencilla posible y no alcanzaba a comprender por qué su mente y su orgullo lo habían complicado todo, pudiendo haber dado con aquel desenlace desde un primer momento, evitando aquella dantesca deambulación.
Quedaban pocos coches en el aparcamiento y a la altura de la fila cien Julián distinguió su coupé blanco. Allí estaba, tal y como le informaron, en la fila ciento veinticinco, en el mismo estado en que lo había abandonado. Al verlo sintió una mezcla de alivio y reproche para consigo mismo. Nadie, por descontado, nunca conocería ni llegaría a comprender esta historia. En el camino de regreso renunció a prender la radio, lo realizó en el más absoluto e implacable silencio.